LA JUSTICIA

Sergio Dantí

Image not found.

Capítulo 1

LA JUSTICIA

Amé a mi marido. Éramos felices en nuestra humilde casa de la aldea. Fuimos parte de una familia feliz. Los tres. Él, yo y mi niño.

Siempre amé a mi niño. Sus ojos eran negros y redondos, y cuando me miraba, era como si me estuviera estirando una trenza de cosquillas desde mis ojos hasta mi estómago.

Todos en el pueblo adoraban a mi niño. Se hacía querer. Cuando un extraño le hablaba, elevaba sus ojos lentamente hasta enfocarlo, momento en el cual el extraño, por mas poderoso que fuera, sentía una rara sensación y se equivocaba, se olvidaba de lo que estaba diciendo. Ya todo le parecía menos importante. Tal era la fuerza de los ojos de mi hijo. Nunca conocí un sentimiento de amor igual.

Un día, el ejército se llevó a mi marido. Poco tiempo después me dijeron que había muerto defendiendo el honor de no se quien. La pena cayó sobre mí. Y la desgracia, también.

Tuve que dejar la casa que él mantenía con su jornal de hombre fuerte, y emprendí el viaje al lejano pueblo de mis padres.

Cansada por el largo camino, paré en la ciudad. Me impresionaba entrar en ella. ¡Todo era tan diferente!. Allí, en el mercado, conocí una señora, muy gentil y muy habladora, que me invitó a ir a su casa, y se ofreció a que me quedara dos o tres días, antes de partir nuevamente. Nunca había visto alguien tan amable, ni estado en una casa de ciudad, asi que acepté, porque además, tras la desaparición de mi marido, necesitaba algo de afecto, y ella parecía tan simpática... Tenía una casa rica, con esclavos y una piscina con aguas rumorosas. Con vergüenza, me dejé llevar.

Nunca lo hubiera hecho. Desde el principio, parecía que yo había desaparecido. Todo era para mi niño, sólo hablaba con él, solo lo miraba a él, se lo llevaba a compartir su siesta, lo hacía bañar por sus esclavas en su piscina, le hacía comer en su mesa… A mi, ni me miraba. Cuando lo reclamaba, me decía que yo debía estar muy cansada, que mejor me fuera a dormir, y me cerraba la puerta, porque el niño tenía que descansar.

Al día siguiente dije que ya me quería poner en camino. No hubo caso. Insistió en que debía quedarme mas, queno podía rechazar su hospitalidad, que era algo muy mal visto en la ciudad. Y que se me veía muy mal y muy cansada y débil… Me hizo preparar una copiosa comida y

se fue con mi niño a mostrárselo a su madre, que volvería en un instante.

No volvió. Por la noche, yo ya, nerviosa, me puse a gritar que quería mi niño, pero las esclavas me tranquilizaban diciendo que su señora ya iba a volver… No volvió.

A la mañana siguiente, fui a ver al prefecto y le dije que una mujer me había robado a mi niño.

Me dijeron que no había problema, que el Justo entre los Justos, el famoso sabio Salomón, estaba en la ciudad dictando justicia, y que él, con su sabiduría, iba a solucionar el conflicto. Tenía que presentarme en Palacio al caer la terde. No sé cómo, la mujer que me había robado mi vida, se enteró.

Me quedé de piedra cuando ella llegó a la sala del juicio con mi niño envuelto en sedas, y no lo dejaba que me viera. Él parecía tranquilo. Cuando apareció Salomón, ella tomó la palabra y dijo: “Esta impostora que viene de un lugar lejano y desconocido, quiere arrebatarme a mi hijo”.

Yo sentí que ya no podía aguantar más. Traté de abalanzarme sobre ella, pero los soldados no me dejaron. Ella retrocedió, como si estuviera defendiendo al niño, mientras miraba a los ojos de los demás, como diciendo: “Fíjense, que bestia de persona, podría haberle hecho daño al pobre niño.

Yo solo atinaba a gritar: "¡Es mi hijo! ¡Es mi hijo!". Ella reía y miraba a Salomón con ojos de decir: “Pobre loca”.

Loca, si. Yo estaba loca: no podía soportar que, tras haberlo perdido todo, quisieran arrebatarme mi gran y único amor, la sangre de mi sangre, la carne de mi carne, la mitad de mi amado esposo que aún vivía en ese bebé. Decidí tranquilizarme. Necesitaría toda mi astucia y sangre fría par poder explicar mis razones al Sabio.

Salomón ni nos miró. Tomó al niño por una pierna y lo sostuvo colgando cabeza abajo. Yo comencé a gritar, pero los soldados me dijeron que era mejor guardar silencio. Salomón pidió una espada, y dijo:

“Ya que ambas mujeres quieren al niño, lo cortaré por la mitad y así daremos una parte a cada una”.

Yo sentí que me desmayaba, que me moría, que me desesperaba. Pero me dije: mantén la sangre fría: en el momento en que alce la espada, me arrojare encima de él y le arrebataré al niño. Huiré, ofreceré mi cuello para que él viva, mataré a Salomón. Pero mi niño no. No puede cortarlo

en dos. Este hombre está loco. A mi hijo, no. Él es mi único tesoro.

La otra, me miró y creo que imaginó lo que estaba pensando. Inmediatamente, en un gesto dedicado a los soldados, se arrojó llorando al suelo, entre unos hipos de angustia, que cualquier mujer se podía dar cuenta de que eran fingidos. “No, no, sabio Salomón! No lo hagas!!” Era patética su imagen, con la boca semiabierta, babeante, indigna. Yo permanecía recta, firme, preparada para la lucha a muerte para defender lo mío. Mi dignidad y mi amor de madre no iban a caer delante de tan odiosa mujer y de procedimientos que cualquiera podría ver que eran bajos y viles, fingidos y falsos, hechos para hacer creer un sentimiento que no podía tener hacia alguien que no había parido, como yo, que no había amamantado, como yo, que no había cuidado en todos y cada uno de los días de su vida, como yo, que no había llorado a la muerte de su padre abrazada a él, como yo, y que no había salido a los caminos con solamente su hijo en brazos, como yo.

Ella, sibilina y rastrera como una serpiente, babeó: “No, Gran Sabio! ¡No lo hagas! Prefiero que se lo des a ella antes que verlo muerto!

No entendí lo que quería decir, porque me parecía extraño que quisiera renunciar a él, pero inmediatamente, noté una sonrisa en los labios de Salomón.

Exigió silencio con sus brazos y mirando a aquella horrible mujer, dijo: ”Esta es la verdadera madre” ¡Dadle el niño!”.

Salté hacia él, y me mataron.

Sergio Dantí